

15 céntimos el número



Año I.

Barcelona 31 Diciembre de 1892

Núm. 31



PRIMERA LECCIÓN DE LECTURA.—CUADRO DE F. DEFREGGER

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—Arturo, por ALFONSO DAUDET.—Villancico (poesía), por FRAY ARCÁNGEL DE ALARCÓN.—Parsifal de Ricardo Wagner (conclusión), traducido del alemán por E. DE MIER.—SECCIÓN CIENTÍFICA: La nieve.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos.

Grabados.—Primera lección de lectura, cuadro de F. DEFREGGER.—El último ensayo, cuadro de T. MARGITAY.—La Nochebuena en Cataluña, cuento con figuras, por APELES MESTRES.

Crónica

Es singular la situación de Europa en las últimas semanas. Crisis y dificultades se suceden en todas partes, en el Centro y en el Mediodía. Francia, después de haber visto caer el ministerio Loubet, ha tenido que sacrificar á uno de los ministros del nuevo gabinete, y ha de ver que sigue en aumento la ola invasora de los escándalos del canal de Panamá. Italia lucha con obstáculos diversos: tiene en crisis á la mayoría de los grandes municipios, y ha de mirar con espanto los progresos del socialismo y del anarquismo. El gabinete de Austria se encuentra en un equilibrio inestable, á punto de caer, á pesar de la habilidad desplegada por el conde Taaffe, decano de los presidentes de Consejo de Ministros. En Alemania, pasado ya el hervor producido por el telegrama de Ems, la agitación ha tomado forma distinta, con motivo de los fusiles Læwe, de que hablamos, y de la causa de Ahlwardt y proclamación de éste por el Parlamento. Turquía, que gozaba de una paz relativa, va á verse en la necesidad de arreglar sus cuentas con Rusia, y Dios sabe en qué podrá parar este asunto, preñado siempre de truenos y rayos. Bulgaria y Servia luchan, asimismo, con dificultades interiores; Portugal se halla con un ministerio que vive por misericordia de los partidos y que se derrumbará al menor tropiezo; y por fin, en España se ha verificado el cambio político de que tienen noticia nuestros lectores, y que no dejará de causar perturbaciones sensibles en la marcha de la gobernación del Estado.

* * *

En el Norte de Europa, en Inglaterra, los Países Escandinavos y Rusia, las crisis, por si acaso existen en el fondo, no asoman á la superficie, de manera que aquellos países han de ser objeto de envidia por parte de los que hemos citado. De esto último deducen algunos periódicos ingleses que la paz está asegurada y que las relaciones internacionales no habían pasado de largo tiempo un período tan pacífico como el actual. Es cierto que no se nota en el horizonte ninguna complicación europea; mas la guerra, si ha de venir algún día, será por manera inesperada. Una cosa insignificante, un fútil pretexto serán bastantes para que la actual paz armada, que agota las fuerzas económicas de las naciones, se convierta en una conflagración espantosa, mucho más terrible que la ocurrida en 1870.

* * *

Hemos hablado ligeramente de la situación embara-

zosa en que se encuentra el imperio de Austria-Hungría. La oposición entre los dos Estados es cada día más viva, y se ha hecho patente de nuevo al discutirse en el Parlamento el caso de la municipalidad de Keichenber, que fué destituida por haber hecho manifestaciones alemanas que rayaban en traición. Era difícil encontrar mejor asunto para lanzarlo como tea de discordia entre los partidos que votaron juntos contra el ministerio. Los alemanes defendieron la autonomía de los municipios y censuraron al conde Thun, gobernador de la provincia, por su conducta, al paso que los tcheques clamaron contra la opresión ejercida sobre los esclavos alemanes, en las ciudades en donde los últimos, que son unos intrusos según el criterio tcheque, se encuentran en mayoría. Comentando estos sucesos dice *Le Journal de Gênev*: «Un diputado, el doctor Luegen, ha manifestado en un momento de indignación que de continuar por este camino «los pueblos» acabarán por arrojar á palos de sus bancos á los diputados. Ya los alemanes se tragan á los tcheques, ya éstos «devoran á los alemanes, y por último, á fin de variar algo, «comemos judíos de vez en cuando.» Ha concluido diciendo que no puede durar semejante estado de cosas. Por desgracia, dura ya demasiado tiempo, y para decir la verdad completa, no es sólo en Austria en donde obrarían bien los electores arrojando, sino á palos, á puro de votaciones, á los diputados que comprometen la dignidad y los intereses del país con sus perpetuas y estériles disputas. Todos los pueblos, si fuesen sensatos, harían bien en desembarazarse de la bulliciosa clase de los politicastos y de la tutela de los comités para buscar alrededor suyo á los hombres que merecen sus preferencias y á quienes irían á consultar si se tratase de sus asuntos propios. Esos son sus buenos mandatarios y todos los conocen sin necesidad que se los indiquen. Así se haría una buena Cámara. De este modo, sin concertarse, se nombró la Asamblea elegida en Francia, á raíz de la guerra, y desde entonces no ha podido encontrar aquella nación nada que valiese tanto como la expresada Asamblea, y es que ésta la hizo el buen sentido y la espontánea confianza del país.» Sóbrale la razón en cuanto manifiesta el diario ginebrino. Pero ¿de dónde nos vendrá el remedio? Los males y vicios del parlamentarismo son ya los mismos en todos los países, y de ellos se originan los escándalos que hoy se dan en Europa y el malestar que se siente en todas partes. Bueno fuera que se hiciese lo que señala el periódico de donde hemos traducido los anteriores párrafos, mas por desdicha, en todas las naciones la parte más sensata del cuerpo electoral se halla presa de la indiferencia y del escepticismo político. No confía lograr nada y por esto no quiere entrar en la lucha. Se considera impotente para destruir la máquina de los comités y muñidores electorales y se cruza de brazos. Tarde ó temprano, no obstante, habrá de entrar en la liza, y entonces la refriega será más dura y sin disputa más dolorosa de lo que lo fuera en el día, aprovechando el movimiento de la opinión, que se pronuncia contra los abusos del parlamentarismo.

* * *

El caso famosísimo de la sociedad del canal de Panamá, sobre el cual hemos de volver forzosamente, serviría de eficaz ayuda para una reacción en el sentido que indicamos. Se ve de un modo claro que los hombres metidos en la política activa, que hacen de ésta su ocupación, y acaso su medio de subsistencia, han sido los que tomaron parte principal

en una serie de actos que acusan la desmoralización más profunda, conforme lo decíamos en una crónica anterior. Son muchos los diputados comprometidos en el negocio, junto con ministros y otros personajes cuyos nombres suenan diariamente en la vida política de la nación vecina. Hoy es Antonino Proust, que fué director de Bellas Artes, que aspiraba á ser ministro del ramo, republicano caracterizado, quien ha de renunciar al cargo de presidente del Comité artístico de Chicago, porque se le acusa de haber recibido acciones del Panamá para apoyar la empresa; mañana la acusación alcanza al propio ministro de Hacienda Rouvier, el hombre predilecto de la Bolsa de París, y ante la avalancha, este personaje se encuentra en la precisión de renunciar á su cartera. Clemenceau, que se había dado por puritano, anda también metido en los agios y enredos del celeberrimo canal, y no parece dudoso ya que tomó parte en las conferencias y practicó gestiones nada á propósito para creerle incorruptible. La Cámara silba á Rouvier cuando éste intenta defenderse y casi al mismo tiempo periódicos de París asestan sus tiros contra M. de Freycinet por idéntico motivo. Y mientras tanto ocurre el hecho singularísimo de que la Comisión de investigación, este nuevo Comité de salvación pública en el seno de la Cámara, olvide pedir al banquero M. Thierré las matrices de los veintiséis cheques, de que tanto se ha hablado, y que se encontraron en su casa. Pidióselas después, y Thierré contestó que las había quemado hacía algunos días. ¡Singular coincidencia, que hace desaparecer los nombres de las personas á cuyo favor se extendieron los cheques! ¿Qué pasó luego para ordenar el ministro de Justicia la detención de los administradores del Panamá? Todo es turbio en el asunto, mas lo cierto es que el 16 de este mes fueron detenidos y conducidos á la cárcel de Mazas MM. Carlos de Lesseps y Fontanes, administradores del canal, y M. Sans le Roy, ex-diputado, buscándose á M. Cottu, otro de los administradores. En resumen, la situación en Francia es tirante, y como dicen muy á cuento algunos diarios ingleses, la tormenta es tan fuerte y desencadenada que bien podría acabar por barrer el régimen que, en el fondo, es la causa primordial de tanta confusión, desbarajuste y escándalo.

* * *

Dióse el primer paso para la reorganización del partido conservador en nuestro país con la reunión de senadores y diputados convocada en el Senado por el señor Cánovas del Castillo. Notóse, como era de esperar, la ausencia de personas muy distinguidas que se han colocado resueltamente en la actualidad al lado del señor Silvela. El señor Cánovas explicó la última crisis y expuso de nuevo su opinión sobre los partidos políticos. Dijo que en todos los parlamentos ha habido representantes independientes, que si por algo se han distinguido ha sido por su esterilidad, y de ahí la necesidad de formar partidos políticos unidos por principios fundamentales comunes y acordes en todas las cuestiones de conducta. Añadió que por eso había entendido siempre que cuantos se hallaban conformes con los principios de la mayoría de su partido podían permanecer en actitud independiente, pero que dentro del partido era preciso mantener una cohesión perfecta para adaptarlo al régimen constitucional y parlamentario. El señor Cánovas manifestó que estaba convencidísimo de que nadie había de creer que fuese débil en perseguir la inmoralidad, declaración que se recibió con muchos aplausos.

* * *

Ha causado profundo disgusto entre los católicos de Madrid, que forman la inmensa mayoría de su vecindario, la construcción de un templo protestante, con fachada á la calle, lo cual se opone al espíritu de nuestra legislación, que no permite manifestación ninguna exterior por parte de las sectas religiosas, toleradas en nuestra patria. Tristísimo es lo que ocurre, pero es consecuencia lógica de la apatía ó de la indiferencia que nos corroe, ya que el templo protestante no se habrá construído en un abrir y cerrar de ojos y há tiempo que se podía haber previsto y visto lo que ahora se ha advertido. De todos modos es necesario que los católicos hagan valer los derechos que legalmente les asisten en un Estado cuya religión es la Católica, Apostólica y Romana.

B.

Arturo

HACE ya algunos años que vivía yo en un pabelloncito de los Campos Elíseos, en el pasaje de las Doce Casas. Figúrense ustedes un apartado rincón del suburbio, metido entre aquellas grandes y aristocráticas avenidas tan frías y desanimadas, que no parece sino que sólo deban atravesarse en coche. No sé si era por raro capricho del propietario ó por manía de algún avaro ó viejo extravagante, pero el caso es que, á pesar de que aquellos terrenos formaban el centro, el corazón, como si dijéramos, del barrio, permanecían en tan deplorable estado, con sus jardincitos enmohecidos por el tiempo, sus casas bajas edificadas en línea irregular, con las escaleras en la parte exterior y las galerías de madera llenas de ropa blanca puesta á secar, de jaulas con conejos, de miserables gatos y de cuervos domesticados. Allí habitaban muchas familias de obreros, pequeños propietarios, algunos artistas (á éstos se les encuentra en todo sitio donde quedan en pie algunos árboles), y por último, había también dos ó tres casas de huéspedes de aspecto ruin, llenas del mugre de varias generaciones de gente pobre y miserable. Alrededor el bullicio y el esplendor de los Campos Elíseos, el ruido sordo y continuado de los coches, el choque de los arrees de las caballerías y de los pasos de los transeuntes, las puertas de los carruajes cerrándose majestuosas, las carreteras haciendo retemblar los pórticos de los palacios, los confusos sonidos de algún piano, los violines de *Mabille*, y en el fondo, perdiéndose en el horizonte, las grandes y silenciosas viviendas de los ricos, con sus redondeadas esquinas, sus cristales nublados por cortinitas de transparente seda y sus inmensos espejos por donde asoman dorados adornos de candelabros y las flores raras de las jardinerías...

La oscura tallejuela de las Doce Casas, tan sólo iluminada por un farol que en su extremo había, semejaba un bastidor de la magnífica decoración que la rodeaba. Todo lo aparente, lo falso de aquel lujo deslumbrador venía á refugiarse en aquel sitio: por eso se veían allí libreas con entorchados, calzoncillos de clown, palafreneros ingleses que formaban una clase aparte, caballerizos del Circo, los dos pequeños postillones del Hipódromo con sus jacas gemelas y sus anuncios, el carruaje tirado por cabras, los polichinelas, los vendedores de barquillos, y por último

las tribus de ciegos que por la noche regresaban con sus sillas de tijera, acordeones y rastras. Mientras yo habitaba en aquel pasaje, uno de estos ciegos, celebrando sus bodas, nos proporcionó, durante toda la noche, un fantástico concierto de clarinete, oboes, órganos y acordeones. Aquello parecía el desfile de todos los puentes de París con todas sus distintas salmodias... Y sin embargo, la callejuela era de suyo tranquila, porque los que vagaban por las calles no regresaban fatigados hasta el anochecer; tan sólo los sábados, cuando Arturo cobraba el salario, se metía algún ruido.

Arturo era mi vecino. Una pequeña pared terminada por un enrejado separaba mi pabelloncito del cuarto que junto con su esposa aquél habitaba. Así es que, muy á pesar mío, la vida de Arturo estaba en íntima relación con la mía, y cada sábado no tenía más remedio que oír, sin perder una palabra, el terrible drama, muy parisense por cierto, que se desarrollaba en aquella familia de obreros. Siempre empezaba de la misma manera; la mujer andaba atareada por la casa con los niños agrupados á su alrededor y preparaba la comida conversando cariñosamente con ellos. Daban las siete, las ocho, nadie llegaba... A medida que se iba haciendo tarde el tono de su voz cambiaba, se ponía nerviosa y el llanto anegaba sus ojos. Los niños, acosados por el frío y por el hambre, chillaban. Por fin, como el marido no solía comparecer, cenaban solos. Al cabo de un rato, acostados ya los chiquillos, silencioso aquel gallinero, se asomaba al balcón de madera y la oía murmurar entre sollozos:

—¡Oh! ¡el grandísimo pillo!

Al retirarse á sus casas encontrábanla los vecinos y se compadecían de la infeliz.

—Váyase usted á la cama, señora. Ya sabe usted que no vendrá esta noche, puesto que es día de cobro.

Luego venían los consejos y las habladurías de comadres:

—Yo, en su lugar, haría esto... ¿Por qué no se lo avisa usted á su amo?

Cuanta más lástima inspiraba á las buenas gentes, tanto más copioso era su llanto; pero, con todo, persistía en su esperanza, se consumía aguardando con tenacidad, y, á pesar de que las puertas continuaban cerradas y de que no ignoraba que estaba sola, permanecía allí, la mente fija en una idea, hablando en alta voz consigo misma de sus amarguras, con aquella sencillez propia del pueblo que se pasa siempre la mitad de la vida en la calle. Fácil era averiguar las causas de sus pesares; los alquileres atrasados, los tenderos que la asediaban, el panadero que ya no quería fiarle el pan... ¡Y cómo salir del paso, si el marido volvía sin un cuarto! Por fin, cansada de acechar los pasos retardados de los trasnochadores y de contar las horas, se metía dentro. Al cabo de mucho rato, y cuando ya pensaba yo que la cosa había concluído, oía toser muy cerca de mí, en la galería; la infeliz estaba otra vez en el mismo sitio, atraída por la inquietud, no cesando de mirar y remirar en la oscura callejuela, no viendo en todas partes otra cosa que su aflicción.

Cerca de la una ó las dos, á veces más tarde todavía, oíase cantar en el extremo del pasaje, señal evidente de que llegaba Arturo. La mayor parte de las veces se hacía acompañar por algún camarada suyo hasta la puerta.

—Vén, hombre, vén, solía decirle.

Y hasta en el umbral, vagaba indeciso, como si una fuerza superior le impidiera retirarse, sabiendo bien lo que le esperaba. Al subir la escalera, el silencio que en

ella reinaba á aquellas horas hacía sus pisadas más ruidosas; esto le causaba cierto disgusto, una especie de remordimiento. Hablaba solo y en voz alta, parándose delante de cada uno de aquellos escondrijos, diciendo:

—Buenas noches, señora Weber... buenas noches, señora Mathieu.

Y si por desgracia no le contestaban, soltaba una retahíla de palabrotas injuriosas que duraba hasta que todas las puertas y ventanas se abrían para devolverle sus maldiciones. Y esto es precisamente lo que él quería, porque cuando estaba borracho movía mucho alboroto. Además, como estas pendencias le enardecían, montaba en cólera y no temía tanto la entrada en casa.

Su regreso era terrible.

—Abre, soy yo... gritaba.

Y desde mi aposento sentía las pisadas de su pobre mujer, que andaba descalza sobre el frío suelo, y el frote de los fósforos. Nuestro hombre, desde que entraba, tartamudeaba siempre la misma excusa: «los amigos, el dejarse arrastrar por sus flaquezas... Fulano, sabes... Fulano... aquel que trabaja en el ferrocarril.» La mujer no le prestaba ninguna atención.

—¿Y el dinero? le preguntaba.

—No tengo, decía Arturo.

—¡Mientes!...

Y en efecto, no decía la verdad, pues con todo y estar borracho siempre se guardaba algunos cuartos, previendo la necesidad de beber que el lunes tendría. Se trataba, pues, de quitarle de encima tan sólo el resto de la paga, y el hombre se resistía diciendo:

—¿Pues no te digo que *me lo he bebido*? decía á gritos.

Y su mujer, sin contestarle, indignada, le asía con todas sus fuerzas, le sacudía, le registraba y volvía sus bolsillos. Al cabo de un breve instante rodaba el dinero por el suelo y la mujer se arrojaba sobre él riéndose con aire de triunfo.

—¡Ah! ¿ves cómo tienes?...

Al poco rato oíanse blasfemias y un sordo ruido de golpes... el borracho tomaba su venganza, y una vez comenzada la paliza, ya no se contenía. Lo más perverso y destructor que pueden contener los asquerosos vinos de las tabernas se le subía á la cabeza y pugnaba por salir. La mujer gritaba, los muebles de aquella zahurda, hechos astillas, volaban por el aire; los niños despertaban sobresaltados y lloraban de miedo. Las ventanas del callejón se abrían y todo el mundo decía:

—¡Es Arturo, es Arturo!...

Algunas veces el suegro, que era un viejo traperero del cuarto vecino, venía en socorro de su hija; pero Arturo se cerraba con llave para que no le estorbasen en su tarea. Un repugnante diálogo se entablaba entonces al través del cerrojo entre suegro y yerno: oíamos cosas horripilantes:

—¿Aún no tienes bastante con los dos años de cárcel, bandido? prorrumpía el viejo.

Y el borracho, en tono altanero, replicaba:

—Sí, estuve dos años en la cárcel... ¿Y qué?... Por lo menos yo he pagado mi deuda á la sociedad... Procura pagar la tuya.

Esto era para él la cosa más sencilla; he robado y se me ha metido en la cárcel; estamos en paz... Pero si el viejo insistía mucho sobre este punto, Arturo, perdiendo por fin la paciencia, abría la puerta, y como Polichinela, se arrojaba sobre el suegro, la suegra, los vecinos y zurra-ba á todo bicho viviente.

. Y con todo no era un mal sujeto. Cuantas veces al llegar el domingo, ó sea el día siguiente de una de estas tremendas peloterías, apaciguado y sin el dinero con que ir á la taberna, se pasaba todo el día en casa. Sacábanse sillas al balcón, y en él se instalaban la señora Weber, la señora Mathieu y todos los huéspedes, charlando amigablemente. Arturo entonces se esforzaba por parecer amable y culto. No parecía sino uno de estos obreros modelos que asisten á las clases de noche. Ponía la voz dulce y melosa y hablaba en tono declamatorio, expresando ideas incompletas recogidas en todas partes, sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital. Su infeliz mujer, ablandada por la paliza del día anterior, no era la única que le contemplaba llena de admiración.

—«¡Oh, lo que es Arturo si quisiera!» murmuraba entre suspiros la señora Weber. Después aquellas mujeres le hacían cantar... Cantaba *Las Golondrinas*, de M. de Bélanger con voz de garganta, extraña afectación y el ridículo sentimentalismo de los obreros... En aquella única galería cubierta de papel embreado y de andrajitos tendidos por entre los cuales brillaba el puro azul del celaje, toda aquella repugnante gentuza, ávida del ideal á su modo, volvía emocionada los ojos al cielo.

Todo lo cual no impedía que el sábado siguiente Arturo tirase su salario y pegase á su mujer, y que en aquella zahurda existiese un rimero de Arturitos que sólo esperan llegar á hombres para malbaratar, al igual que sus padres, el salario y pegar á sus respectivas mujeres... ¡Y es esta la raza que quiere dominar el mundo!... ¡Ah! ¡qué locura!

ALFONSO DAUDET.

Villancico

H la hé, que estas jocundo;
dí, ¿qué has visto, Pascualejo?

—Anoche ví un zagalejo
el más garrido del mundo.

—Cuéntame esas maravillas,
que me da gusto el oído.

—Yo le ofrecí un corderillo,
y Antón, leche y mantequillas;
él es blanco y rubicundo,
y limpio como un espejo;
nunca se vió zagalejo
tan garrido en todo el mundo.
Quedé tan embelesado
mirando el lindo doncel,
que me estuviera á par dél
un mes sin comer bocado.

¡Quién fuera entonces facundo
á cantar un rabelejo,
festejando al zagalejo
el más garrido del mundo!
Si vieras al Niño, Gil,
te prendaran sus amores;
nunca ví prado de flores

tan lindo por medio Abril.
Es como verjel fecundo;
dueleme que de él me alejo,
porque cierto es zagalejo
el más garrido del mundo.
Tanto holgaba en su presencia
de ver garzón tan bonito,
que dí de amores un grito
al hacelle reverencia.
De alaballo me confundo,
no hay en mí tal aparejo
para alabar zagalejo
que es hermosura del mundo.
Diga agora Juan Serrano
cuán gracioso el Niño es,
pues que le besó los pies
y es zagal más palanciano.
En misterio tan profundo,
Carillo, falta consejo,
por ser este zagalejo
el más garrido del mundo.
Cuando contemplé aquel niño
ví en Él tanta perfección,
que me abrasa el corazón
cuanto más dél escudriño.
No tiene par ni segundo;
en prendas la alma le dejo;
que es tan lindo el zagalejo,
que no le hay más en el mundo.
Tiene de oro los cabellos,
la frente blanca y hermosa,
las mejillas como rosa,
los ojos matan en vellos.
Es lo de acá todo inmundo,
si á este Niño lo cotejo;
tal beldad de zagalejo
jamás se vido en el mundo.
Los labios como coral
que está de nieve cercado;
un niño tan acabado
cual nunca vido mortal,
mas ¿para qué me difundo?
Era cielo el portalejo,
pues el tierno zagalejo
es Dios que gobierna el mundo.
Vime como nave en calma
mirando esta nueva estrella,
diciendo: «Niño, si es bella
tu carne, ¿cuál será el alma?»
Este es piélago profundo,
no son las ondas de Tejo,
ver hecho á Dios zagalejo,
y luz y vida del mundo.
Y si en el pesebre admira,
y á los pechos de su madre,
¿qué hará á la diestra del Padre,
al que por su amor sospira?
En tí mis riquezas fundo,
con la esposa y santo viejo,
pues nunca tal zagalejo
que fuese Dios tuvo el mundo.

FRAY ARCÁNGEL DE ALARCÓN.



Decoración del acto tercero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth

PARSIFAL

DE

RICARDO WAGNER

(CONCLUSIÓN)

ACTO TERCERO

En el territorio del Graal.

Paisaje descubierto y adornado con todas las galas de la primavera, con prados de flores, que suben suavemente hacia el fondo. El proscenio figura el límite de la selva, que se extiende hacia la derecha. En la misma parte, y en el lindero del bosque, una fuente; frontera á ella, aunque algo más interior, una choza miserable de ermitaño, apoyada en un peñasco. Comienza á amanecer.—Gurnemanz, ya agobiado por la edad y ermitaño, revestido sólo con la ropa interior de los caballeros del Graal, sale de la ermita y escucha.

GURNEMANZ

De allí viene ese gemido... Ningún animal se lamenta tan tristemente, y menos en una mañana tan santa como esta... No me parece desconocida esta voz lastimera. (Oyese un gemido ahogado, como el de alguna persona acometida de una pesadilla.—Gurnemanz corre á abrir un matorral de espinas que habrá en un lado, muy espeso, separando sus ramas con trabajo; después se detiene de repente). ¡Ah! ¿Otra vez ella aquí? Las secas espinas del invierno la ocultan por completo. ¿Cuánto tiempo hará ya?... ¡Arriba, Kundry, arriba! Pasó el invierno, y le ha sucedido la primavera. Despierta, despierta á su soplo... ¡Fría... y rígida!... Lo que es ahora parece bien muerta: sin embargo, suyo era el lamento que llegó á mis oídos. (Saca á Kundry exánime y rígida del matorral, llevándola á un montículo próximo de césped, refregándole con fuerza las manos y las sienes, infundiéndole su aliento, y esforzándose por todos los medios en reanimarla. Despierta al fin. Como en el primer acto, lleva el traje extraño de mensajera del Graal. Su rostro parecé más pálido, y de sus gestos y porte ha desaparecido el aire salvaje. Mira á Gurnemanz largo tiempo, sin separar de él los ojos. Levántase luego, arregla sus vestidos y su cabello, y se conduce en todo como una sirviente).

GURNEMANZ

¿Estás loca? ¿Ni una sola palabra me dices? ¿De este modo agradeces que te despierte de nuevo de tu sueño mortal?

KUNDRY

(Que inclina lentamente la cabeza. Después, con voz ronca y entrecortada, exclama:) Servir... servir...

GURNEMANZ

(Moviendo la cabeza). Leve será tu trabajo. Nadie te ocupará ya en mensaje alguno: cada cual buscará las hierbas y las raíces que necesite, como nos enseñan los animales silvestres. (Kundry, que ha mirado alrededor mientras tanto, ve la ermita y penetra en ella).

GURNEMANZ

(Mirándola admirado). ¡Cuán distinto es su paso! ¿Será obra de este día tan santo? ¡Oh! ¡día de gracia incomparable! Seguramente, para salvarla, he logrado hoy arrancar á la desventurada de su sueño mortal. (Kundry vuelve de la ermita; trae un cántaro de agua y se dirige con él á la fuente. Mientras espera que se llene mira á la selva y observa que viene hacia ellos una persona: vuélvese hacia Gurnemanz indicándoselo por señas).

GURNEMANZ

(Mirando á la selva). ¿Quién se acerca á la sagrada fuente? Su armadura sombría denota bien que no es ninguno de los hermanos. (Kundry se aleja lentamente hacia la choza con el cántaro lleno, como para ocuparse allí en sus quehaceres.—Gurnemanz se aparta un poco, como para observar al desconocido. Parsifal sale del bosque. Su armadura es enteramente negra. Con el yelmo cerrado y la lanza baja camina, inclinando la cabeza, como ensimismado en sus reflexiones, con tardo paso, sentándose en el montecillo de césped que hay junto á la fuente).

GURNEMANZ

(Examinándolo largo tiempo y acercándose luego á él). ¡Dios te guarde, huésped mío! ¿Te has extraviado, y debo mostrarte tu camino? (Parsifal muere suavemente la cabeza). ¿No correspondes como debes á mi saludo? (Parsifal

baja la cabeza). ¡Hola! ¿cómo así? Si tus votos te obligan á callar, fuérmame el mío á decirte lo que te conviene. Este es un lugar sagrado, impropio, por tanto, para venir á él armado con yelmo, lanza y escudo. ¡Hoy más que nunca! ¿No sabes, pues, qué santo día es hoy? (*Parsifal mueve la cabeza*). ¡Cómo! ¿de dónde vienes, pues? ¿Entre qué paganos has vivido para ignorar que hoy es Viernes Santo? (*Parsifal baja más la cabeza*). ¡Fuera las armas! No ofendas al Señor, que hoy, sin arma ninguna, ofreció su sangre divina en rescate de los pecados del mundo. (*Parsifal se levanta después de otra pausa. Clava la lanza en tierra delante de sí, deposita á su pie el escudo y la espada, abre el yelmo, se lo quita y lo coloca junto á las demás armas, arrodillándose después delante de la lanza, como haciendo oración mental. Gurnemanz lo considera conmovido y admirado. Llama por señas á Kundry, que sale entonces de la ermita. Parsifal, lleno de devoción, levanta sus ojos hacia la punta de la lanza*).

GURNEMANZ

(*Con voz baja á Kundry*). ¿Lo reconoces? Es el que mató un día al cisne. (*Kundry hace una leve señal afirmativa*). ¡Él es ciertamente! El insensato á quien yo rechacé lleno de ira. ¡Ah! ¿Qué senda encontró al cabo?... La lanza... ¡la conozco bien! (*Con mucha emoción*). ¡Oh santísimo día en que debo hoy despertar. (*Kundry ha vuelto su rostro*).

PARSIFAL

(*Después de terminar pausadamente su oración, mira satisfecho á su redor, reconoce á Gurnemanz y lo saluda ofreciéndole dulcemente la mano*). ¡Bienaventurado yo, que te encuentro de nuevo!

GURNEMANZ

¿Me conoces también tú? ¿Me reconoces, tan agobiado de tristeza y de pena? ¿Para qué vienes hoy aquí? ¿De dónde?

PARSIFAL

Recorrí la senda del error y de las desdichas; pero ahora, libre de ella, oigo otra vez el susurro de esta selva, y te saludo de nuevo ¡oh anciano bondadoso! ¿Me engaño acaso? ¿Qué transformación en todo tan completa!

GURNEMANZ

Díme, pues: ¿á quién buscas tú ahora?

PARSIFAL

A aquel, cuyos profundos lamentos oí yo cierto día, llenándome de insensata sorpresa. Y ahora me atrevo á pensar que he sido elegido para sanarlo. Sin embargo... ¡ay de mí!... una maldición extraña se oponía á que encontrase la senda que había de guiarme, extraviándome en terrenos nunca hollados por los mortales. Innumerables desastres, contratiempos y batallas me apartaban de esa senda, y me impedían conocerla. La desesperación se apoderó de mí, viendo que yo, sano, no hallaba esa fuente de salud, y para conseguirlo, recibí heridas de todo linaje de armas. Porque yo no osaba llevar esta lanza salvadora del Graal en mis contiendas; y aunque sin deshonrarla, siempre me acompañaba, y aquí la ves ahora tal cual es, resplandeciente sin detrimento.

GURNEMANZ

¡Oh milagro de la gracia! ¡Salud suprema! ¡Oh maravilla! ¡maravilla tan sagrada como profunda! (*Después de reponerse*). Señor, si hubo una maldición que te apartó de la senda recta ¡créelo! ya no existe. Tú estás aquí; este es el territorio del Graal y sus caballeros te esperan. ¡Ay de mí! Harto necesitan de esa salud, que tú les traes... Desde el día en que pasaste por aquí, su aflicción, que presenciaste entonces, sus tormentos crecieron en inmensa proporción. Amfortas, desgarrado por los dolores de su herida y por las torturas de su alma, sólo pedía la muerte en su loca obstinación. Ni las súplicas, ni las desdichas de sus caballeros movieron ya á desempeñar su sagrada dignidad. El Graal continúa guardado en su urna largo tiempo hace: su defensor, pecador y arrepentido, cree que no morirá si lo contempla, lisonjeándose de esta ma-

nera de llegar pronto al término de su vida y de acabar con ella sus sufrimientos. La santa comunión no nos consuela ya; los manjares ordinarios son sólo nuestro alimento, y así enflaquece el vigor de nuestros héroes y no llegan aquí mensajeros de otros países, llamándonos á tomar parte en luchas sagradas; la caballería, débil y sin caudillos, vaga por aquí desalentada y miserable. Yo, solitario, me he refugiado en este rincón de la selva, esperando aquí mensajeros de mi antiguo compañero de armas Titurel, héroe sacrosanto, que, privado de la contemplación salvadora del Graal, murió... como todos los hombres.

PARSIFAL

(*Agobiado por su profundo dolor*). Y yo... ¿yo causa de tantas desdichas? ¡Ay de mí! ¿Qué pecados, qué delitos hubieron de abrumar á este insensato, cuando ninguna expiación, ningún arrepentimiento podía arrancar la venda de mi ceguera, y, aunque elegido para esta obra salvadora, vagaba perdido é ignorante, sin encontrar la senda recta, término de mi afán? (*Parece á punto de desmayarse. Gurnemanz lo sostiene y lo sienta á su lado en el montecillo de césped. Kundry ha traído agua mientras tanto, para refrescar á Parsifal*).

GURNEMANZ

(*Separando á Kundry*). ¡No así! La misma sagrada fuente aliviará el mal de nuestro peregrino. Sospecho que le está reservada hoy una obra importante y ejercer una dignidad augusta: sea, pues, inmaculado y que esta agua bendita lave hoy el polvo acumulado en su larga peregrinación. (*Parsifal es llevado por ambos á la orilla de la fuente. Mientras Kundry lo despoja de la martingala, y luego lava sus pies, Gurnemanz le quita á su vez el peto*).

PARSIFAL

(*Dulcemente y como cansado*). ¿Me guiará alguno hoy á ver á Amfortas?

GURNEMANZ

(*Mientras se ocupa en lo dicho antes*). Seguramente, puesto que nos esperan los habitantes del burgo sagrado; los fúnebres oficios de mi amado señor llámanme también allá. Menester es, asimismo, descubrir hoy el Graal, y cumplir ese deber, tan largo tiempo abandonado... Para santificación del augusto padre, que sufrió la culpa de su hijo, y que éste querrá también expiar, nos elige á nosotros Amfortas.

PARSIFAL

(*Mirando atónito á Kundry*). ¿Me lavas los pies?... Rocía también con esa agua la cabeza de mi amigo.

GURNEMANZ

(*Sacando agua de la fuente con la mano y rociando con ella la cabeza de Parsifal*). ¡Bendecido seas tú, hombre puro, por otro que lo es también! Que toda culpa, pues, se aleje afligida de tí. (*Kundry, mientras tanto, saca del pecho un vasito de oro, y después de rociar con su contenido los pies de Parsifal, los enguja con sus cabellos, soltándolos rápidamente*).

PARSIFAL

(*Apoderándose del vasito*). Si tú me unges los pies, que haga lo mismo con mi cabeza el hermano de armas de Titurel, para que hoy me salude como su rey.

GURNEMANZ

(*Que vierte el frasco por entero en la cabeza de Parsifal, restregándola luego suavemente*). Como se nos había prometido, bendigo tu cabeza para saludarte rey.

Tú... hombre puro, paciente, lleno de caridad, sabio bienhechor, por haber sufrido los dolores Del que nos redimió, borra de su alma la última mancha.

PARSIFAL

(*Que, sin ser notado, saca agua de la fuente, inclínase hacia Kundry, todavía arrodillada, y humedece su cabeza*). Así cumpto yo mi primera obligación... recibe el bautis-



EL ÚLTIMO ENSAYO
CUADRO DE T. MARGITAY

mo, y cree en el Redentor. (*Kundry baja la cabeza hasta tocar la tierra, y parece llorar copiosamente*).

PARSIFAL

(*Que se vuelve, y mira con dulce entusiasmo á la selva y á los prados*). ¡Cuán bellos me parecen hoy estos campos! Flores admirables encontraba yo aquí, que parecían elevarse ambiciosas hasta mi frente; sin embargo, nunca me parecieron tan agradables y risueñas las mieses, las plantas y las flores, y nunca despidieron perfumes tan gratos ni me hablaron en su lenguaje con tanto cariño.

GURNEMANZ

Es el encanto de este día glorioso, señor.

PARSIFAL

¡Ay de mí! El día del dolor más profundo. Cuanto florece, pues, según presumo, cuanto suspira, vive y renace, sólo debía hoy ¡ay de mí! lamentarse y llorar.

GURNEMANZ

Ya ves que no es así. Las lágrimas de arrepentimiento del pecador humedecen hoy con su santo rocío los prados y los campos, y los hacen prosperar. Ahora todas las criaturas se regocijan de seguir las huellas santas del Redentor y le consagran sus oraciones. No pueden contemplarlo en la misma Cruz, pero lo ven en la humanidad rescatada; siéntese ésta libre de las angustias y tormentos del pecado, purificada y bendita por el sacrificio que hizo Dios por su amor: las hierbas y las flores de los campos notan que hoy no las huella ni las ofende la planta de los hombres, sino que así como Dios, con paciencia celestial, se apiadó de él, y por él sufrió, así hoy el hombre, rindiéndole homenaje piadoso, las contempla á su vez caminando con solícito cuidado. Y lo agradecen todas las criaturas, lo que florece y pronto muere, ya que la naturaleza, libre de pecado, disfruta hoy del premio de su inocencia. (*Kundry levanta mientras tanto lentamente la cabeza, y contempla con ojos llenos de lágrimas, melancólica y orando en silencio, á Parsifal*).

PARSIFAL

Ví marchitarse también las que me sonrieron. ¿Anhelen hoy su redención?... Tus lágrimas serán rocío del cielo: tú lloras... mira, los campos sonríen... (*Bésala suavemente en la frente. Sonido lejano de campanas, que se aumenta con mucha pausa*).

GURNEMANZ

El medio día... esta es la hora... concédeme, señor, que tu escudero te guíe. (*Gurnemanz se cubre con la túnica de armas y el manto de caballero del Graal; él y Kundry visten lo mismo á Parsifal. El paisaje se transforma muy lentamente, como en el primer acto, pero de derecha á izquierda. Parsifal empuña solemnemente la lanza y, con Kundry, sigue poco á poco á Gurnemanz que los guía. Después que la selva se ha transformado por completo, y que se han abierto las puertas de una caverna, en la cual están los tres sin ser notados, se columbra, en medio del ruido que aumenta pausadamente, la procesión de los caballeros con trajes de luto, que se adelantan por corredores abovedados. —Por último aparece de nuevo el gran salón del primer acto, sin las mesas del banquete. Luz más oscura. Ábrense de nuevo las puertas. De un lado vienen caballeros con el féretro de Titurel. Por el otro se presenta Amfortas, en su lecho de dolor, precediéndole la urna cubierta del Graal. En medio se ha levantado un catafalco en donde se halla el sitio de preferencia, con solio, en el cual Amfortas es depositado*). (*Canto de los caballeros á la entrada*).

PRIMERA PARTE DEL ACOMPAÑAMIENTO (*Con el Graal y Amfortas*)

Nosotros acompañamos, para cumplir un deber sagrado, al santo Graal, encerrado en su urna: ¿á quién acompañáis vosotros, también en urna más sombría, con signos de dolor?

PARTE SEGUNDA (*Con el féretro de Titurel*)

Tan triste envoltura encierra á un héroe, depositario

de nuestra fuerza y de nuestro poder: y elegido por Dios para misión tan augusta: aquí traemos á Titurel.

PRIMERA PARTE

¿Qué desdicha sufrió el amparado por Dios, el defendido por su Majestad Divina?

PARTE SEGUNDA

El fardo mortífero de la edad, desde el momento en que dejó de contemplar el santo Graal.

PRIMERA PARTE

¿Quién se opuso á que contemplara el Graal y le rindiera homenaje?

PARTE SEGUNDA

El acompañado por vosotros, el defensor culpable.

PRIMERA PARTE

Hoy lo acompañamos, porque hoy también... por última vez... desempeñará su cargo.

PARTE SEGUNDA

¡Ay! ¡ay de mí! ¿Tú defensor de la salud? Por última vez te exhortamos á ejercer tu dignidad. (*El féretro es depositado en el catafalco, y Amfortas en su lecho de descanso*).

AMFORTAS

Sí... ¡Ay! ¡ay de mí! ¡miserio yo!... exclamo también con vosotros: con más placer recibiría de vuestra mano la muerte, expiación la más dulce de la culpa. (*Abrese el féretro. Al contemplar el cadáver de Titurel prorrumpen todos en grandes lamentos*).

AMFORTAS

(*Levantándose de su lecho y dirigiéndose al cadáver*). ¡Padre mío, el más bienaventurado de los héroes, el más puro, ya que los ángeles te visitaron un día! Yo, que sólo ansiaba morir, á tí, á tí te di la muerte. ¡Oh! ya que ahora contemplas al mismo Redentor en su Gloria celestial, suplícale que su sangre bienaventurada, que su bendición, si alguna vez ha de consolar á los hermanos, infundiéndoles nueva vida, me alcance también... y me dé la muerte... ¡la muerte!... ¡morir!... única gracia. Que la horrible herida, como la ponzoña que corrompe lo que toca, suspenda los latidos de mi corazón. ¡Padre mío! A tí... clamo; clama tú á El: ¡dame, oh Redentor, el descanso!

LOS CABALLEROS

(*Acercándose en tropel á Amfortas y diciendo entre sí*). ¡Descubre la urna!... ¡cumple tu deber! ¡Exhórtate tu padre! ¡hazlo, hazlo, pues!

AMFORTAS

(*Levantándose, víctima de desesperación delirante, y precipitándose contra los caballeros, que retroceden*). ¡No!... ¡ya no!... ¡ay de mí!... Siento que me cercan las sombras de la muerte... ¿Y he de vivir otra vez? ¡Insensato! ¿Quién me forzará á vivir? ¿Podéis, acaso, darme la muerte? (*Arráncase los vestidos*). ¡Aquí estoy yo... aquí la herida abierta! ¡Esta, mi ponzoña!... ¡de aquí corre mi sangre! ¡Sacad las armas, desenvainad vuestras espadas; hundiéndolas en mí hasta la empuñadura! ¡Animo, héroes; matad al pecador con su tormento, para que el Graal, por sí mismo, resplandezca de nuevo! (*Todos se apartan de él horrorizados. Amfortas se queda solo en éxtasis amenazador. Parsifal, acompañado de Gurnemanz y de Kundry, se ha deslizado entre los caballeros sin ser sentido, y se presenta ahora extendiendo la lanza, con cuya punta toca el costado de Amfortas*).

PARSIFAL

Un arma sólo sirve, sólo una lanza cierra la herida que abre. (*El rostro de Amfortas expresa un placer celestial. Parece vacilar admirado. Gurnemanz lo sostiene*). Sana, reconciliado con Dios por la expiación. Yo desempeñaré ahora tu dignidad. Bienaventurado tu dolor, por cuya virtud la compasión más profunda, y la fuerza y el vigor

de la sabiduría más pura, se enseñorearon del alma de un insensato respetuoso.

¡Yo os traigo la lanza consagrada! (*Todos miran atónitos á la lanza, levantada en alto, mientras Parsifal, contemplando su punta, prosigue lleno de inspiración*). ¡Oh! ¡qué dicha tan maravillosa y tan suprema! Vosotros veis la lanza, que puede cerrar tu herida, y yo correr la sangre divina, anhelante por encontrar una fuente humana, que corre allí en el seno del Graal. ¡Ya nunca más se agotará! ¡descubrid el Graal!... ¡abrid la urna! (*Los escuderos la abren: Parsifal saca de ella el Graal, y lo mira arrodillado con éxtasis, haciendo oración mental. El Graal resplandece. Una luz gloriosa se refleja en todos los presentes.—Titurel, reanimado con este espectáculo, se levanta del féretro bendiciéndolo.—De la bóveda baja volando una paloma, que se posa en la cabeza de Parsifal. Éste presenta dulcemente el Graal á todos los caballeros. Kundry, sin separar de Parsifal sus ojos, cae exánime y á sus pies lentamente. Amfortas y Gurnemanz, arrodillados, rinden homenaje á Parsifal*).

Todos

(*Con voces que suenan desde la mitad de la altura, así como del extremo de la misma, apenas perceptibles*). ¡Mara-
villa augusta de santidad: redención para el Redentor!
(*Cae el telón*).

Traducido directamente del alemán, por
E. DE MIER.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA NIEVE

EL agua tiende por su propia virtud á recobrar su estado natural, que es el gaseoso; y ya se encuentre en estado sólido, como el hielo, ó bajo el aspecto líquido y general con que la conocemos, propende sin cesar á evaporarse, persistiendo en esta situación mientras no la obliga á cambiar una fuerza ó una presión exterior suficiente. Si esa fuerza es el calor, el agua se evapora, y si después de convertirse en vapor sufre un frío inferior á cero, esos vapores no se condensan y caen en forma de lluvia, bajo el influjo de una temperatura superior á cero grados, sino que se cristalizan en finísimas agujas de hielo, que por el roce y la presión de unas con otras y por la atracción mutua que ejercen entre sí, constituyen aglomeraciones de ellas más ó menos compactas, que caen en la tierra por su propio peso, y obedeciendo á la ley de la gravedad, en figura de lo que llamamos vulgarmente copos de nieve.

No se crea que la forma irregular de los copos está compuesta de partes aglomeradas, irregulares también en sus contornos. Sucede justamente lo contrario, porque si nieva en tiempo de calma, esto es, sin vientos fuertes, y se recibe la nieve en un paño oscuro, se observa á la simple vista ó con la ayuda de una lente una variedad infinita de figuras hexagonales, ó de seis ángulos, seme-
jando pequeñísimas y blancas estrellas, de una simetría maravillosa, de una diversidad infinita y bellísimas sobre toda ponderación. Baste decir que su número asciende á muchas centenas, y que, aumentadas convenientemente, ofrecen modelos curiosísimos que imitarían con provecho los ornamentistas.

La nieve cae en copos más ó menos grandes ó más ó menos numerosos, aunque su tamaño no es siempre signo de su dureza, ya que en los países septentrionales y hacia el polo, en donde es más frecuente la lluvia menuda, es también más dura y persistente.

A la caída de la nieve precede de ordinario una temperatura inferior á cero, aunque puede suceder que reine

en ciertas alturas esa misma temperatura, bastante para formar la nieve, y que no llegue á la proximidad de la tierra. En este caso la nieve se derrite en cuanto toca el suelo, y, en muchas ocasiones, antes de llegar á él, encuentra en su trayecto una capa de aire más cálido que la deshace.

El aire mezclado con el vapor de agua, al cristalizarse éste, conserva el lugar que antes llenaba, y de aquí el peso ligero de los copos de nieve, el color blanco que la distingue y la propiedad que tiene de sufrir contracciones ó compresiones enormes, si una fuerza exterior aproxima más sus diversas partes.

Como la causa de la nieve, ó de la cristalización del agua, es el frío á una tempera inferior á cero, claro está que la nieve se formará siempre que el vapor de agua de la atmósfera esté sometido á su influjo. Esto puede suceder, ó porque la temperatura de la atmósfera, más ó menos próxima á la tierra, baje á ese límite, ó porque esa misma atmósfera, á cierta distancia de la tierra, sufra á su vez el efecto de la misma causa. Si desde el Ecuador ó del centro exterior de la tierra más expuesto á los rayos del sol se camina hacia los polos ó hacia los centros más fríos de la misma tierra, se nota que la temperatura baja un grado por cada ciento ochenta kilómetros. Si, por el contrario, se eleva un globo desde la tierra, á cada ciento ochenta metros baja otro grado la temperatura; y como un metro es la milésima parte de kilómetro, resultará que la temperatura baja desde la tierra á las alturas un millar de veces más rápidamente que la de la superficie de la tierra desde el Ecuador hasta los polos. Se han hecho por los aeronautas y por los físicos muchas observaciones que lo comprueban; pero, aun prescindiendo de ellas, y sin ser físicos ni aeronautas, sabemos todos que hay nieves perpetuas en las cimas de las montañas más altas. En los Alpes este límite alcanza una altura de dos mil setecientos metros; pero como los Alpes están en un clima templado, su temperatura ha de ser más baja en las regiones ecuatoriales, en donde ese límite llega á cinco mil metros en los Andes y en el Asia ecuatorial, y á cuatro mil en la vertiente Sur de los montes Himalayas.

Masas de nieve existentes en las altas montañas ruedan á veces por distintas causas, van aumentando de volumen por la unión sucesiva de varias capas, que se les van adhiriendo en su trayecto, y rompiendo ó arrancando los árboles que encuentran á su paso y arrastrando también consigo peñascos enormes, caen al fin en los valles, aplastando las casas y sepultando los hombres y los animales que no han podido huir de la catástrofe. A este fenómeno se le da el nombre de avalancha.

En los Alpes, la caída de estas masas de nieve y la acumulación de las mismas, en una época en que los ferrocarriles eran desconocidos, ofrecían grandes riesgos á los caminantes en ciertos pasos. Raro era el año en que no perecían muchos de éstos, y de aquí la creación del hospicio del Monte de San Bernardo, orden religiosa fundada en el siglo x por Bernardo de Mentón. El convento, que cuenta ya nueve siglos, está edificado en lo alto del Gran San Bernardo, sirviéndose los monjes, en sus penosas y caritativas investigaciones, de una raza vigorosa de perros, que recorren de noche las montañas, llevando colgado del cuello un cesto con pan y vino. Cuando descubren algún vestigio, aullan para atraer á sus dueños en la dirección debida.

Hay un proverbio español, según el cual, «año de nieves es año de bienes,» porque la nieve, en efecto, es

un beneficio para la tierra donde cae. Sirve de abono por su composición íntima, porque arrastra en su caída infinita variedad de polvos atmosféricos que fertilizan el suelo, porque lo empapa gradualmente y por igual, lo mismo en los terrenos desiguales que en los llanos, no como el agua torrencial que sólo pasa por los planos más ó menos inclinados de la tierra, humedeciéndolos superficialmente y acumulándose en las partes más bajas, de suerte que estas últimas pueden recibir demasiada humedad, y muy poca las más elevadas. Por último, la capa de nieve, si es algo espesa, equivale á una especie de pantalla que se opone á la irradiación nocturna, esto es, á que la tierra pierda parte de su calor, compartiéndolo con la atmósfera, siempre más fría, cuya pérdida puede ser tan grande, que enfríe el terreno hasta destruir las plantas delicadas y los renuevos tiernos de los árboles. Experiencias hechas por sabios han demostrado evidentemente que la temperatura del suelo bajo la nieve es siempre más alta que la superior á ella en algunos grados.

Las nieves, en las montañas, constituyen depósitos naturales, que alimentan constantemente á los ríos y á los arroyos, cuando su fusión es lenta y gradual, no así cuando es rápida, en cuyo caso baja á los valles en forma de torrentes que producen inundaciones desastrosas. La blancura de la nieve, reflejada por el sol, ofende los ojos y hasta puede producir la ceguera, como lo experimentaron muchos franceses en Rusia cuando la deplorable campaña de 1812.

No se crea que, aun siendo proverbial la blancura de la nieve, sea éste su único color, habiéndolas rosadas, de un efecto admirable, ya por las arenas finísimas que el viento arrastra, ya principalmente por la existencia de un hongo microscópico de este color, que crece y se desarrolla en la nieve, muy común hacia el polo, y conocido también en nuestros climas, sobre todo en el Monte de San Bernardo.

NUESTROS GRABADOS

Primera lección de lectura

CUADRO DE F. DEFREGGER

Una aldeana que no será muy fuerte en letras, pero cuyo talento se aguza por el deseo de instruir á su hijo, da á éste la primera lección de lectura. La madre sigue con atención los esfuerzos del chiquillo para grabar en su memoria las formas de las letras del alfabeto, y el muchacho contempla atónito aquellos garabatos, cuya importancia no acierta á adivinar, si por acaso piensa en ello. Verdad y sentimiento hay en las dos figuras, dibujadas con mucho arte por el autor del cuadro, uno de los muchos que en Alemania se dedican á sorprender los hermosos espectáculos de la vida de familia, á fin de hallar, como hallan, para sus pinturas, temas que sirvan para una honrada propaganda social.

El último ensayo

CUADRO DE T. MARGITAY

Hasta que se ejecuta una obra lucha el músico con la duda acerca de la impresión que pueda producir en el auditorio. Así es que aun aquellos más seguros de su inspiración y más diestros en el contrapunto conceden valor grande al último ensayo, porque de él pueden ya predecir el efecto que haya de causar su obra. Es, pues, para todos los maestros, cuestión de vida y muerte el efecto del último ensayo. Según resulte, vienen luego los cortes y los retoques para mejor asegurar el éxito, así se trate de una composición que haya de cantarse en lugar sagrado con el recogimiento de la iglesia, como de la que deba interpretarse ante el público turbulento de algún teatro. La inquietud que el ensayo origina en el compositor la traduce admirablemente en su cuadro T. de Margitay. Febril, decaído en sus fuerzas, hállase el maestro clavado en el sillón siguiendo los compases de la partitura, mientras la cantan sus intérpretes, recogiendo él todas las notas, todas las melodías, todas las armonías para pesar su valor musical, para corregirlas, modificarlas ó suprimirlas según conviniere. La escena es interesante en sumo grado. La atención del que examine la lámina que damos, reproducción del cuadro al óleo, irá flechada primero al maestro para dirigirse luego á los cantores, cuya

expresión en lo verdadero corre parejas con la del personaje principal de la pintura. Hasta las figuras secundarias son felicísimas en tal concepto, según lo prueba el caballero del fondo, de aire meditabundo, en quien se descubre al crítico pronto á analizar la producción artística y á poner de relieve sus bellezas lo mismo que sus defectos.

La Nochebuena en Cataluña

CUENTO CON FIGURAS, POR APELES MESTRES

Hacer sudar el leño es una vieja tradición de nuestro Principado, regocijo de la gente menuda y distracción de los mayores en noche de Navidad. Golpean los chicos desesperadamente el leño que medio arde en el hogar, y de él, por arte de birlibirloque, salen turrónes, silbatos, mermelada y otros dulces y chucherías. Es de ver el regocijo con que se acogen estos juguetes y golosinas, mientras se cantan coplas y villancicos al nacimiento de Nuestro Señor. Esta costumbre cuenta siglos de abolengo, y más ó menos directamente se halla relacionada con los árboles de Navidad de las comarcas septentrionales de Europa. Dicen todas que la Nochebuena es noche tan maravillosa, que con ella hasta las ramas secas, los árboles cortados producen frutos asombrosos, porque la naturaleza en aquel día obra prodigios en conmemoración del inefable hecho de haber tomado Dios carne mortal para redimir al género humano. Y como en nuestro país el leño no suda, es decir, no da juguetes ni dulces, si los niños que lo golpean no han sido buenos, Apeles Mestres ha enlazado en su lindo cuento las dos cosas, y por la desobediencia de los niños al abuelo, lo termina quedándose los chicos sin leño y sin turrónes, y sin silbatos ni pelotas, en castigo de no haber seguido fielmente los mandatos del anciano jefe de la familia. Cariacontecidos se encuentran los tres muchachos al ver defraudadas sus esperanzas, llorando de veras y pensando sin duda en enmendarse para lo venidero, en el último cuadrillo del cuento que encierra su moraleja.

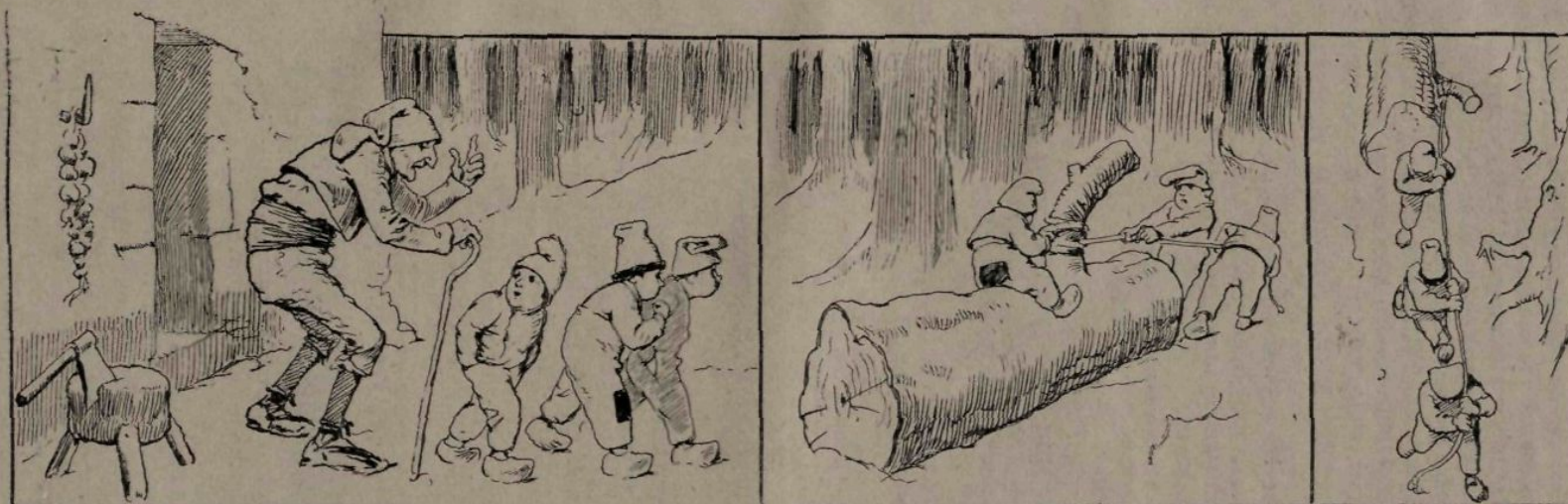


Mesa revuelta

Entre las reformas propuestas por el Congreso de Washington y que se podrían llevar á cabo fácilmente y con grandes ventajas bajo el punto de vista práctico, hay una nueva máquina para contar las horas del día. En la vida civil, desde la antigüedad, se acostumbra á dividir el día, no en veinticuatro horas, como se cree vulgarmente, sino en dos veces doce, lo que es muy distinto por cierto. Con efecto, estando las horas numeradas tan sólo desde cero hasta doce, hay dos momentos durante el día que llevan el mismo nombre, y cuando, por ejemplo, se habla de las ocho, es indispensable advertir si se trata de la mañana ó de la tarde. Esto da lugar á muchas equivocaciones; y para no citar más que un caso, ¿quién de nuestros lectores, al consultar un indicador de los caminos de hierro, no ha perdido mucho tiempo y no ha estado á punto de meterse en una gran confusión á causa de tener que buscar en lo alto de las columnas las palabras mañana y tarde?

Pues bien, un medio sencillísimo de evitar estos inconvenientes sería el de contar las horas á partir desde media noche, de cero hasta veinticuatro, y esto es precisamente lo que aconseja el Congreso de Washington y puede hacerse con facilidad. Según este sistema, los nombres de las horas correspondientes hasta las doce de la mañana, no sufrirían ningún cambio, pero la una de la tarde ya tomaría el nombre de las trece; las ocho de la noche, las veinte, y así sucesivamente, ó sea añadiendo á las horas de la tarde hasta las doce de la noche, el número doce. Al objeto de arraigar lo más pronto posible este modo de contar, bastaría disponer los relojes públicos del modo representado en el grabado; los números correspondientes á las horas serán los correspondientes de uno hasta

Nochebuena en Cataluña, por Apeles Mestres



«Mañana es Navidad—les dice el abuelito á los muchachos.—Id al bosque y traed un leño para que lo hagamos sudar esta noche á la hora en que nació el Redentor.» (*)

Llegados al bosque, los muchachos se apoderan de una encina que yace derribada sobre la nieve...

Y tirando con todas sus fuerzas se precipitan cuesta abajo.



Llegados a un rellano descansan; y como el ocio no engendra pensamiento bueno, se les ocurre hacer sudar al leño antes de tiempo. «¡Valiente atracón de turrón vamos á darnos!»

Y poniendo en obra tan nefasta idea, empiezan á aporrearlo sin piedad.

Agotadas, en vano, las pocas fuerzas que les quedan: «¡llévete el diablo!» exclaman furiosos, y arrojan el leño á un barranco.

...Y aquella noche — ¡triste Nochebuena! — como gracias á la desobediencia no hubo leño, no hubo turrón. Y la Nochebuena sin turrón es la peor de las noches.

(*) Véase la pág. 492.

veinticuatro, colocados sobre dos círculos concéntricos; las horas del círculo interior serían las correspondientes al día (de las seis á las diez y ocho) y el círculo exterior á las de la noche. Este nuevo procedimiento no exige ninguna modificación en los movimientos de los relojes. Entre los astrónomos existe ya la costumbre de contar por este medio las horas, ó sea de cero hasta veinticuatro; pero el día astronómico empieza á las doce del día, ó sea doce horas más tarde que el civil. El Congreso de Wáshington ha pedido á los astrónomos que tomaran como punto de partida las doce de la noche, al objeto de establecer la uniformidad. Tenemos la confianza de que en la vida civil no se opondrán obstáculos á esta reforma y que se aceptarán, como ya la han aceptado los hombres de ciencia. Al poco tiempo de introducida nadie podrá negar las positivas ventajas que reportará este modo de contar las horas.

El príncipe de Condé sitiaba la ciudad de Lérida. La plaza no valía nada, pero don Gregorio Brice valía mucho. Era uno de aquellos antiguos españoles de buena cepa, batallador como el Cid y valiente como todos los Guzmanes juntos. Dejó acercar al enemigo varias veces á la plaza, sin dar la más pequeña señal de vida. El general de Grammont, cuya máxima era la de que un gobernador que mete mucho ruido desde un principio y que quema los arrabales para hacer una gran defensa, comunmente la hace muy mala, no consideraba de buen agüero la finura con que nos trataba Gregorio Brice; pero el príncipe, cubierto de gloria, envalentonado con las campañas de Rocroi, Nordlingue y Fribourg, con el fin de insultar á la plaza y al gobernador, hizo tomar por asalto en pleno día la primera trinchera por su regimiento, marchando á la cabeza del mismo veinticuatro violines como si se tratara de celebrar unas bodas.

Al llegar la noche todos hacían mil burlas groseras, los violines tocaban aires patéticos, y por todas partes se bromeaba y metía bulla: Dios sabe las pullas que se echaban al pobre gobernador y á la estacada del fuerte que pensaban tomar antes de veinticuatro horas. Mientras esto ocurría en la trinchera, oyóse un grito, nada halagüeño por cierto, que salía de la fortificación, y repitió dos ó tres veces: «¡Alerta, á la muralla!» seguido de una salva de un cañonazo y de varios disparos de mosquetería; á cuya señal hicieron los enemigos una salida muy enérgica, y después de arrojar de la trinchera á los sitiadores, los batieron é hicieron retroceder hasta llegar al sitio que ocupaba su vanguardia.

A la mañana siguiente, Gregorio Brice mandó, por conducto de un corneta, varios regalos, consistentes en pastelillos y frutas, al señor príncipe, suplicando humildemente á su alteza que le dispensara si no tenía violines con que contestar á la serenata que había tenido la amabilidad de darle; pero que si sentía gran placer por la música de la noche anterior, probaría de que ésta durara todo el tiempo que su alteza permaneciera delante de la plaza. Y el muy tuno cumplió lo ofrecido, pues cada vez que se oía la voz de ¡Alerta, á la muralla! ya podía darse por segura una salida que barrenaba las trincheras, terraplenaba los trabajos y mataba lo mejor de los oficiales y soldados del ejército sitiador. Tan grande fué el enojo que esto produjo en el príncipe, que á pesar del disgusto que con ello ocasionaba á los oficiales generales, se obstinó en continuar un sitio que por poco destruya todo su ejército, y que al fin se vió obligado á levantar precipitadamente.

Al retirarse nuestras tropas, don Gregorio, lejos de

darse el tono que suelen darse los gobernadores en caso parecido, hizo una salida con el único objeto de cumplimentar respetuosamente al príncipe.

Por qué se dijo:—No hará sino cenar y partirse.

Concertó con un pintor un gentilhombre, que le pintase en un comedor la cena de Cristo, y por descuido que tuvo en la pintura pintó trece apóstoles, y para disimular su yerro, añadió al treceno insignias de correo. Pidiendo, pues, la paga de su trabajo, y el señor rehusando de dársele por la falta que había hecho en hacer trece apóstoles, respondió el pintor:—No reciba pena vuestra merced, que éste que está como correo no hará sino cenar y partirse.

Una revista profesional dice que para aliviar el dolor de muelas, da muy buen resultado introducir en la muela cariada un algodón impregnado en caliente con un líquido compuesto de

Cera blanca ó esperma de ballena.	20 gramos
Ácido fénico cristalizado.	10 »
Hidrato de cloral.	10 »

que se derriten bajo la acción de un calor suave. En este líquido se introduce algodón en rama para empaparlo, luego se deja secar, y de él se hacen las bolitas para introducir calientes en las muelas dañadas.

Para reemplazar á la goma en el encolado de las etiquetas, anuncios, etc., se recomienda la siguiente preparación:

Dextrina.	2 partes
Ácido acético.	1 »
Alcohol.	1 »
Agua.	5 »

Todo mezclado en el baño de maría ó sobre un fuego lento.

Tan vergonzoso es saber ciertas cosas como ignorar otras.—CRISTINA DE SUECIA.

Nunca se expone más la vida que cuando hay más vida que perder.—DUCLOS.

Para ser un buen padre basta ser hombre; para ser un buen hijo es preciso ser hombre de bien.—BLANCHART.

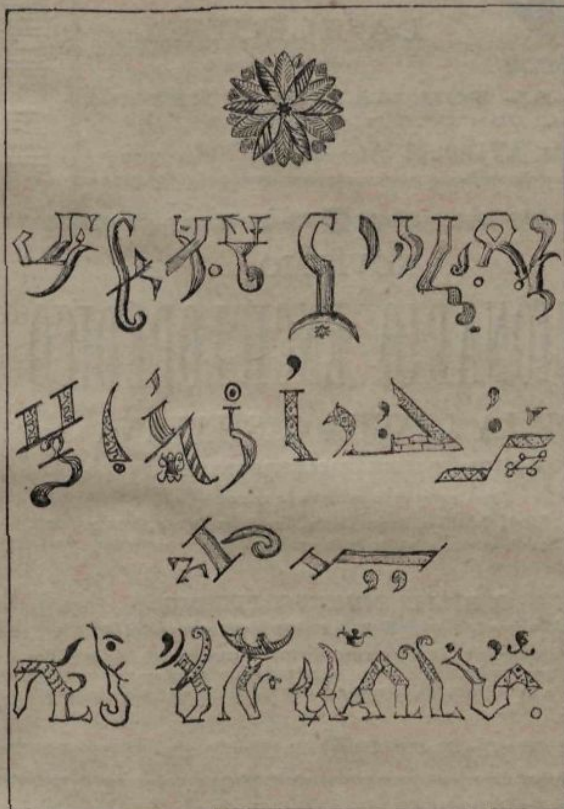
Recreos instructivos

PERSONAJE MISTERIOSO

Al presente llama la atención en este país, siendo el tema obligado de todas las conversaciones, la presencia de un personaje cuyo origen y nacionalidad se ignoran. Viste una estofa de tan ricos y variados colores, dispuestos con tal primor y perfección, que es imposible pueda llegar á tanto el arte humano. Su porte es un verdadero contrasentido, pues al paso que marcha con la dignidad de un soberano, ni aspira á honor alguno ni hace aprecio del dinero, llevando su excentricidad al extremo de andar siempre descalzo y no desprenderse un solo instante de la peregrina corona de color de fuego, con que adorna su cabeza. Aún hay más: con todo y que nunca se le ha visto montar á caballo, continuamente calza espuelas, siendo lo más notable que ni siquiera con una señal se ha dignado contestar á los que le preguntan de qué proviene tan singular costumbre. En sus comidas hace uso solamente

de manjares por demás frugales: ni come carne, ni bebe vino; jamás se le ha visto dormir en el lecho, ni aun descansar en él; siendo lo más notable que á veces, en las altas horas de la noche, cuando todo reposa en el más profundo silencio, levanta los brazos, fija en el cielo sus ojos penetrantes y prorrumpe en cantos estridentes, que parecen anunciar acontecimientos fatídicos ó eventos inesperados. En fin: para que sea todo extraordinario, con tal que se refiera á ese personaje, añadiremos, que el mismo vicario de Jesucristo se conmovió, hasta el extremo de derramar lágrimas, en cuanto oyó su voz.

Como no se comprende el idioma en que se expresa, no ha sido posible deducir de sus palabras su procedencia, sólo ha podido averiguarse que los adjuntos caracteres contienen su nombre, mas ¿quién podrá descifrarlos?



Solución á la charada anterior:

PO-TRO

Solución al salto de caballo:

Subió una mona á un nogal
y cogió una nuez verde,
en la cáscara la muerde
con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal
y se quedó sin, comer.
*Así suele suceder
á quien su empresa abandona,
porque halla como la mona
al principio que vencer!*

CHARADA

*Dos una es cosa menguada
y tercera, generosa;
Una tres, ¡valiente cosa
para ser tan ensalzada!
Una repetida alegre
y es de Baco algo pariente,
y por mi todo la gente
pasa la pena más negra.*

PICACHO.

CUADRADO

.....
.....
.....
.....
.....

Leer vertical y horizontalmente lo que sigue: 1.^a, animal roedor;
2.^a, verbo; 3.^a, objeto de billar; 4.^a, juguete en plural.

Comunicado por R. M.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.^a

COMPANÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Habiéndose acordado por el Consejo de Administración de la Compañía que se repartan los beneficios del ejercicio de 1891 satisfaciendo 7 por 100 en concepto de intereses y 1 por 100 en el de beneficios á cada acción, y teniendo recibido los Sres. Accionistas á cuenta de los intereses el 3 por 100 que les fué satisfecho en Agosto último contra cupón número 10, se pone en conocimiento de los poseedores de acciones de la Compañía que se pagarán pesetas 20 como complemento del dividendo de intereses y pesetas 5 como beneficios á cada acción y pesetas 5,625 en este último concepto á cada cédula de fundador desde el día 2 de Enero de 1893 al 15 del mismo mes, de 9 á 12 de la mañana á la presentación respectivamente de los cupones de intereses número 11 y de beneficios número 3 de las acciones y del cupón número 3 de las cédulas de fundador acompañados de las correspondientes facturas que se facilitarán en los puntos de pago. Transcurrido este plazo se pagarán los lunes de cada semana á las horas indicadas.

Los puntos de pago son:

En Barcelona, en las oficinas de esta Compañía, Rambla de Estudios 1 entresuelo.

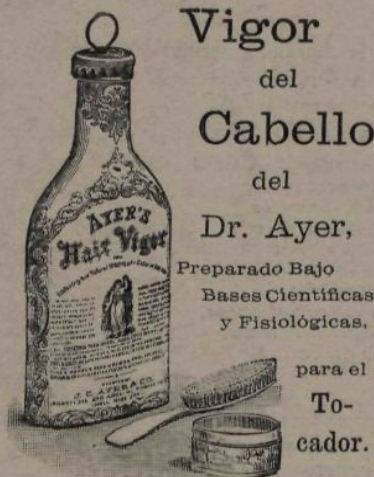
En Madrid, oficinas de la Sociedad General de Crédito Mobiliario Español, Paseo de Recoletos, 17.

En París, en las oficinas de la Sociedad General de Crédito Mobiliario Español, 69, rue de la Victoire.

Barcelona 19 de Diciembre de 1892.

El Secretario general

Carlos García Faria.



Vigor del Cabello del

Dr. Ayer,

Preparado Bajo
Bases Científicas
y Fisiológicas.

para el
To-
cador.

El Cabello cuando no se le cuida debidamente pierde su lustre, se pone duro, rasposo y seco, y se cae con profusión al peinarse. Para impedirlo la preparación mejor es el

Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

Destruye la caspa, cicatriza los humores molestos del cráneo, devuelve su color original al cabello descolorido y gris, lo pone sedoso y le comunica una agradable fragancia. Con el uso de este cosmético la cabeza menos poblada se cubre de un cabello

Exhuberante y Hermoso.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer es un artículo de tocador muy en voga entre las señoras y caballeros, y a éstos les hace un señalado servicio porque les devuelve y conserva la juvenil apariencia de su barba y bigote.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

BÉNÉDICTINE

De la Abadía
de
FÉCAMP

LICOR
EXQUISITO y DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPOSITO: **BURDEOS**
108, cours du Jardin-Public

LA TIERRA SANTA

POR

D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta.

CRISTÓBAL COLÓN

POR JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

NUEVO DICCIONARIO DE QUÍMICA
POR EMILIO BOUANT

NOVÍSIMO

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REACTADO EN VISTA DE LOS DE

Domínguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bouret, Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartándose por cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.

ÍNDICE LITERARIO

- Nuestros propósitos, por M., 2.
Esbozo, por José M. de Pereda (ilustraciones de Apeles Mestres), 3 y 19.
El fotógrafo, por Alfonso Daudet, 5.
Canto del Norte, poesía, por J. Federico Muntadas, 6.
El fomento de los animales, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 7.
Nuestros grabados, todos los números.
Sección científica.—Conocimientos e invenciones útiles, por E. de Mier, 12.
Mesa revuelta, todos los números.
Recreos instructivos, por Julián, todos los números.
Crónica, por C., 18, 34, 50, 66, 82, 98, 114.
Crónica por B., 130, 146, 162, 178, 194, 210, 226, 242, 258, 274, 290, 306, 322, 338, 354, 370, 386, 402, 418, 434, 450, 466 y 482.
Esteban March, por Teodoro Baró, 22.
Los lisiados, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 23.
Sección científica.—Las nubes, por E. de Mier, 27.
La visión del juez de Colmar, por Alfonso Daudet, 35.
Mildew, por M. Llopis y Bofill, 36.
José Ventura, por Teodoro Baró, 38.
Epístola moral sobre las costumbres del siglo (poesía), por M. Bretón de los Herreros, 39.
Economía doméstica.—Chocolate, té y café, por Angel Muro y A. Aura Boronat, 44.
San Pedro me valga, por Antonio de Trueba, 51 y 67.
Salvador Martínez Cubells, por Teodoro Baró, 53.
La casa paterna, traducción de C. Vidal Valenciano, 55 y 74.
La pregunta de la niña (poesía), por Dionisio Solís, 59.
Sección científica.—La lluvia, por E. de Mier, 60.
Las golondrinas, por E. de Mier (ilustraciones de A. de Riquer), 70 y 85.
Poesía, por ***, 76.
Los fantasmas del señor Redoux, por Villiers de L'Isle Adam, 83.
El maldiciente, (poesía) del Romancero general, 90.
Limpios y amarrados por Melitón González (ilustraciones por el mismo), 90.
Nuestra Señora del Campo, por Eduardo Rod, 99 y 115.
Los insectos dañinos, por ***, 102, 118 y 151.
Abd-el-Kader (poesía), por J. Arolas, 106.
No hay dicha en la tierra (poesía), por Ramón de Campoamor, 122.
Los extremos se tocan, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 123.
La chula triste, por José Feliu y Codina (ilustraciones de J. Espinós), 131.
El prólogo de Bailén, por Teodoro Baró, 133.
El ruiseñor y el pavo real (poesía), por Juan Tomás Salvany, 135.
Soliloquio de un huérfano (poesía), por Jaime Collell, pbro., 138.
La pesca de las sanguijuelas, por Juan Rameau, 147.
Las llaves perdidas, tradición popular, por María Mendoza de Vives (ilustraciones de J. Pellicer Monseny), 155, 163 y 179.
La abuela, poesía de Víctor Hugo, traducción de Teodoro Llorente, 166.
El sitio de Berlín, por Alfonso Daudet, 167.
La linterna mágica, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 172.
Un Papa catalán, por Teodoro Baró, 182.
Oda de Horacio (poesía), traducción de F. Javier de Burgos, 186.
Justa y Rufina, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 187.
Creso y Solón, versión directa del griego, hecha expresamente para LA VELADA, por E. de Mier y B., 195.
Las hormigas, por ***, 196, 213.
Débora (poesía), por J. Federico Muntadas, 197.
El Viernes de Dolores, por el P. Luis Coloma, 197.
El muchacho espía, por Alfonso Daudet, 211.
El rey de Tule, balada de Goethe (poesía), traducción de J. Llausa, 218.
La electricidad, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 218.
No hay patria fea, por Antonio de Trueba, 227.
Romance antiguo (poesía), del Romancero general, 230.
Cantares, 230.
Una señorita china graduada, novela traducida del chino al inglés por el profesor Douglas, traducción de J. Coroleu, 231, 246, 262, 279 y 295.
El ciego, por Hugo Le Roux, 243.
La perra de Julianita (poesía), por Fray Gerundio, 244.
Medio Juan y Juan y Medio (episodios de 1812), por el P. Luis Coloma, 259 y 275.
Oriental (poesía), por José Zorrilla, 262.
Retorno de la feria (poesía), por Pablo Pífferrer, 278.
Pelotarismo, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 284.
Siluetas modernas: Narciso Serra, por Eduardo Zamora Caballero, 292.
Malvasía (apuntes histórico-agrícolas), por M. Llopis y Bofill, 293.
Rima, por Gustavo A. Becquer, 295.
Manolito Gázquez, por Teodoro Baró, 307.
La miel, por Emilio Gautier, 310.
Recuerdos de un grande hombre (poesía), por el Duque de Rivas (ilustraciones de Apeles Mestres), 314, 326, 346, 364, 378 y 394.
Romería á Montserrat, por Pablo Pífferrer, 323.
La Rábida, por Jaime Collell, pbro., 330.
Viaje por España en 1492, por José Ramón Mélida, 339, 355, 371 y 389.
Rima, por Gustavo A. Becquer, 358.
El Monte de las Animas, por Gustavo A. Becquer, 359.
Colombinas, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 379.
Siluetas modernas: Julián Romea, por Eduardo Zamora Caballero, 387.
Un suspiro, (poesía), por Julián Romea, 388.
El loro, por León de Tinseau, 403.
Oriental, (poesía), por José Zorrilla, 406.
Un par de zapatillas, por José Feliu y Codina, 407.
El ángel bueno y el ángel malo, por C. Suárez Bravo, 420.
Epístola (poesía), por Francisco Martínez de la Rosa, 422.
Tapujo, Estropajo y Donald, traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de Josef Jacobs, por José Coroleu, 426.
La ópera, por Melitón González (ilustraciones del mismo), 428.
Las señoras del café, por Fernández Martínez Pedrosa, 435.
Porvenir de las almas (poesía), por Ramón de Campoamor, 442.
Parsifal de Ricardo Wagner, traducido directamente del alemán, por E. de Mier, 442, 454, 474 y 486.
El premio gordo, por Emilia Pardo Bazán, 451.
La noche jocosa (poesía), por Baltasar de Alcázar, 453.
Dios y el hombre (poesía), por Úbeda (ilustración de Apeles Mestres), 465.
La nochebuena del poeta, por Pedro A. de Alarcón, 467.
En la Natividad de Cristo (poesía), por Ramírez Pagán (ilustración de Apeles Mestres), 469.
Arturo, por Alfonso Daudet, 483.
Villancico (poesía), por Fray Arcángel de Alarcón, 485.
Sección científica.—La nieve, 491.

ÍNDICE ARTÍSTICO

- Laboremus, escultura de J. Roig, 1.
Esperando..., dibujo del pintor José Llovera, 8.
Larnaca en Chipre, dibujo de H. Corrodi, 9.
Todo por el arte, novela viva, por Apeles Mestres, 13, 29, 45, 61, 77, 93 y 108.
Tomás Alba Edison, 15.
José María de Pereda, retrato por J. Pahissa, 17.
La trilladora, estatua de A. Vallmitjana Abarca, 24.
El domingo de Ramos, cuadro de J. Mas y Fondevila, 25.
Pastore, cuadro de J. Agrassot, 33.
Dulce secreto, cuadro de Adolfo Hering, 40.
Noticias del día, cuadro de Pablo Weimar, 41.
El maestro Tomás Bretón, retrato por J. Diéguez, 43.
¡No te asustes! cuadro de Federico Morgan, 49.
Salvador Martínez Cubells, retrato por J. Diéguez, 54.
La taberna, cuadro de Salvador Martínez Cubells, 56.
La ida al torneo, cuadro de Salvador Martínez Cubells, 57.
León en acecho, escultura de A. Vallmitjana Abarca, 65.
Distinción, acuarela de José Llovera, 69.
La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, pintura de la iglesia en San Francisco el Grande de Madrid, por Eugenio Oliva Rodrigo, 73.
La lectura, cuadro de J. Sant, 81.
El toque de oración, cuadro de José Wopfner, 88-89.
La Santísima Virgen con el Niño Jesús, escultura de Rafael Atché, 97.
Estudiando música, cuadro de C. Walther, 104.
El general Brune en casa de Camilo Desmoulins, cuadro de J. Flammeng, 105.
Muchachos en el baño, de una fotografía instantánea, 113.
Guerrero oriental, cuadro de Antonio Fabrés y Costa, 120.
La limosna, cuadro de P. A. Cot, 121.
San Lucas escribiendo el Evangelio que le dicta la Santísima Virgen María, cuadro de Clemente O. Skilbeck, 129.
Juventud, cuadro de Enrique Nordenberg, 136.
El canario muerto, cuadro de L. Cabrera, 137.
El toro se acuesta.—El toro se levanta, dibujo de Melitón González, 141.
Muchacho catalán, dibujo del natural, por Dionisio Baixeras, 145.
Apuntes del natural, dibujos de Dionisio Baixeras, 149.
Joven catalana, dibujo de Román Ribera, 149.
Idilio, cuadro de Dionisio Baixeras, 152-153.
Tipo veneciano, cuadro de J. Lieck, 161.
Pena de azotes «Boria avall», cuadro de F. Galofre Oller, 168-169.
Empresa dificultosa, cuadro de P. Massani, 177.
La hija de Jairo, cuadro de L. Feldmann, 184.
Una canción del tiempo viejo, cuadro de D. Vautier, 185.
En la poltrona, cuadro de José M. Tamburini, 193.
Malos naipes, cuadro de W. Hasselbach, 200.
Buenos naipes, cuadro de W. Hasselbach, 201.
Un valiente, cuento vivo, por Apeles Mestres, 205.
Tívoli.—Rocío pio, 209.
Tívoli.—Gruta de Nerón y el templo de Vesta, 216.
Tívoli.—La «villa» de Este, 217.
La hora del almuerzo, cuadro de Muller, 225.
Cazador de leones, grupo escultórico de A. Vallmitjana Abarca, 232.
Gerona, 1809, grupo de Antonio Parera, 233.
La hilandera «La Filadora», cuadro de Antonio de Ferrer y Corriol, 241.
¡Bonitos frutos! cuadro de G. Bellei, 248.
En el pinar, cuadro de M. Nonnenbruch, 249.
Junto al polvorín, cuento vivo, por Apeles Mestres, 253.
En el restaurán, cuadro de Francisco Gómez Soler, 257.
¡De él! cuadro de Tito Conti, 264.
Primer amor, cuadro de Carlos Hoff, 265.
De las nubes al chocolate, por N. Moral, 269.
¡Buenos días! cuadro de L. Wittich, 273.
Canción de cuna, cuadro de H. Lauenstein, 280-281.
Narciso Serra, retrato por J. Diéguez, 289.
Proyecto de monumento a los mártires de la patria, por Venancio Vallmitjana, 296-297.
El amigo fiel, cuento vivo, por Apeles Mestres, 301.
Cristóbal Colón, retrato que se conserva en la Biblioteca Nacional, 305.
La Nao «Santa María», 312.
Las carabelas «Pinta» y «Niña», (De fotografía instantánea de Ricardo de Valero), 313.
Ala de la claustrilla del antiguo convento en Montserrat, (de fotografía de Joarizti y Mariezcurrena), 321.
Restos de viejas construcciones en Montserrat, (De fotografía de Joarizti y Mariezcurrena), 324.
Vista de la montaña de Montserrat, (de fotografía de A. Esplugas), 328.
Ábside moderno de la iglesia de Montserrat, (de fotografía de A. Esplugas), 329.
De una hermosa dama é dos enamorados paladines, endecha viva, por Apeles Mestres, 333.
Vista general de la Alhambra de Granada, 337.
Vista interior de la Alhambra de Granada, 340.
Bajo relieves del retablo de la capilla real de Granada que representan la entrega de las llaves de esta ciudad a los Reyes Católicos, 341.
Puerta de la Alhambra de Granada, 342.
Patio de los Leones en la Alhambra de Granada, 343.
Retratos de SS. MM. el rey don Alfonso XIII y la reina regente doña María Cristina, por Francisco Masriera, 344-345.
Retratos de los Reyes Católicos en la fachada de los Estudios Mayores ó Universidad de Salamanca, 353.
Patio de la Alhambra ó de los Arrayanes, en la Alhambra, 356.
Espada de Boabdil, 357.
La antigua Alhóndiga ó Casa del Carbón, en Granada, 358.
País.—Un cementerio, cuadro de Modesto Urgell, 360-361.
Episodio de la conquista de Málaga, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 369.
Rendición de Marbella, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 372.
La toma de Loja, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 373.
Rendición de Moclin, relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo, 374.
Jarrón arábigo de la Alhambra, 375.
El bautizo, cuadro de S. Vinierra, 376-377.
Julian Romea, retrato por J. Diéguez, 385.
Puente romano sobre el Guadalquivir en Córdoba, 389.
Interior de la catedral de Córdoba, 390.
Tras altar Mayor de la catedral de Córdoba, 391.
La bendición de los campos, cuadro de Laureano Barrau, 392.
La Virgen con el niño Jesús, cuadro de E. van Hove, 393.
La puchera en el arte, 397.
La vieja encajera, fotografía del natural, por Antonio Borrell Vidal, 401.
San Luis Gonzaga, imagen escultórica de José Reynés, 408-409.
De las doce á la una... por N. Moral, 412-413.
Haciendo el tema, dibujo de Carlos Fröschel, 417.
Marina española de guerra.—Corbeta «Nautilus», escuela de guardias marinas, 419.
Tomando el fresco en verano, cuadro de L. C. Nichtingale, 424-425.
Fernando Martínez Pedrosa, retrato por Diéguez, 433.
La Virgen de los Concelleres, retablo de Luis Dalmau, 440.
Encuentro del Dante y Matilde, cuadro de Alberto Maignan, 441.
Teatro de Munich, 442.
Exterior del teatro de Baireuth, 443.
Interior del teatro de Baireuth, 444.
Ricardo Wagner, retrato por J. Diéguez, 449.
Decoración del acto primero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 454.
Mala noticia, cuadro de G. Mantegazza, 456-457.
Decoración del acto primero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 460.
¡Santa noche! cuadro de J. Schrader, 465.
El viejo músico, 472-473.
Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 474.
Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 476.
Primera lección de lectura, cuadro de F. Defregger, 481.
Decoración del acto tercero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth, 486.
El último ensayo, cuadro de T. Margitay, 488-489.
Nochebuena en Cataluña, por Apeles Mestres, 493.